La vida tal cual

Conrado Tostado

LA ARAÑA

Mi prima nos enseñaba a volar en el jardín de la casa de mis padres. Había que dar grandes saltos con los brazos abiertos, tensos y el tórax hundido. Cada vez podía hacerlos más largos y más altos. Podía elevarme, dar vueltas en el aire. Había más gente aprendiendo a volar y todos lo hacíamos alrededor de la casa. Cuando estaba oscureciendo, mi madre se asomó a la ventana. Yo estaba cansado de volar, pero contento de que mi madre me viera. Volé alrededor de la jacaranda. Me preocupaba que no pudiera hacerlo como antes, porque estaba cansado. Pero finalmente volé bien. De pronto, nos dimos cuenta de que habíamos maltratado mucho el jardín. Muchas hojas de la enredadera estaban rotas y caídas sobre el pasto. Mi prima y yo comenzamos a recogerlas. Intenté arrancar una pequeña planta con raíz de bulbo y hojas secas, pero no podía. Mi prima jaló la planta entera, la arrancó con todo y raíces. Al volver a plantarla, vi un animal rojo en la tierra. Parecía una jaiba pero era una araña. Le grité a mi prima que tuviera cuidado. Fui al patio de atrás y cogí un machete sin mango. Maté a la araña con facilidad.

MARICRUZ

Nos reunimos en el jardín de la casa de mis padres para salir de viaje a la selva. Maricruz vendría con nosotros. Llegó antes y esperé a que estuvieran todos para presentarla. Ella estaba tranquila. Algunos amigos estaban impacientes. Uno de ellos preguntó, con arrogancia, cuál era la situación de la clase obrera en la selva. Me dio rabia y le dije que en la selva no había obreros. Maricruz, con mucha calma, nos habló de los peones de los aserraderos, de los chicleros y los cortadores de chate. Mencionó a los indios, a los que las oficinas del gobierno les compran cierta cantidad de artesanías que, por lo tanto, son trabajo por pieza. Según nos explicó, algunas piezas requieren hasta doce horas de trabajo. Estábamos sorprendidos de la claridad de su exposición. Me sentí nervioso y encendí un cigarro. Le dije a Maricruz que hacía más de un año había dejado de fumar. Que ese era el primer cigarro que encendía, sin darme cuenta. Ella se rió y me preguntó si todavía tomaba mate. Yo estaba dispuesto a volverlo a tomar por ella. Hablamos tanto que ya no pudimos viajar ese día y tuvimos que dormir en el jardín de la casa de mis padres.

LA PARTE ORIENTAL DE LA CIUDAD

Fui a la parte oriental de la ciudad. Caminé entre dos glorietas y descubrí un barrio viejo. Estaba hecho de ringleras de cuartos y olía intensamente a comino. Me asombró. Traje a mis padres. Dijeron que nunca se habían imaginado un barrio así, entre esas dos glorietas. Se hospedaron en un pequeño hotel, con una puerta de vidrio que daba a la calle. Yo me hospedé enfrente, en una pensión. La calle era estrecha. Mi padre salió a dar un paseo y temí que agredieran a mi madre, por no ser del barrio. Desde mi ventana vi cómo se puso un chal gris, se sentó junto a la puerta de vidrio y encendió la televisión. Tenía ese aspecto hostil e imperturbable de las mujeres del barrio. Me extrañó y, a la vez, me tranquilizó. La calle estaba iluminada por la luz azul de su televisión. Invité, por teléfono, a dos amigos. Uno de ellos, judío, se sentó en la mesa de mi cuarto, junto a la ventana. El otro no dejaba de hablar. Le pregunté a mi amigo judío qué le parecía el barrio. Dijo, con emoción, que en la calle de atrás olió una especia que le recordaba la cocina de su casa. "¿Adormidera? ¿Comino?", le pregunté. Nuestro amigo no entendió por qué hablábamos de eso. Como la pensión incluía la cena, la puerta se abrió de pronto. Entró una señora con dos hijas y dejaron, sobre la mesa, un plato de peltre con *blintzes* y pepinillos.

LA CARTA EN EL ESPEJO

Cedí el sótano a dos antillanos que escuchaban música todo el día. Más tarde encontré, en el espejo de su baño, una carta donde mi prima criticaba con aspereza mi vocabulario y mis ideas confusas. Me reí y me apenó mi antigua manera de hablar. Escribí una nota a un amigo que todavía hablaba de ese modo. Lo urgía a cambiarlo. Se la fui a dejar y lo encontré sobre la acera de un parque que hacía una larga curva. Caminaba en sentido contrario al mío. Le dije unas cuantas palabras y le volví la espalda. Cuando regresé a la casa, mi amigo hablaba con los antillanos. Les pedía que fueran sus amigos, pues él sabía todo acerca de los gestos. Me sorprendió su irresponsabilidad. Subí a recoger mis cosas para mudarme. Al salir, vi que los antillanos hacían lo mismo. Poco después demolieron la casa. Le mostré a mi tía el lote baldío.